

CAPÍTULO III

Aproximaciones antropológicas y pedagógicas a la inteligencia espiritual para una Educación Religiosa Escolar en contextos interculturales

Patricio Carreño Rojas*

En el marco de las líneas temáticas de esta investigación, el propósito de este capítulo es contribuir a la reflexión en torno a la pertinencia y valor que puede proporcionar la inteligencia espiritual en la Educación Religiosa Escolar, a partir del reconocimiento de algunas dimensiones antropológicas y pedagógicas que nos permiten una mejor comprensión de la inteligencia espiritual, teniéndola como una dimensión propiamente humana y que es, por tanto, susceptible de ser enseñada y aprendida en el ámbito educativo y especialmente en contextos de una educación intercultural y plural.

* Doctor en Educación y Máster en Educación en Valores y Ciudadanía por la Universidad de Barcelona. Académico de la Universidad Alberto Hurtado de Chile y miembro colaborador del Grupo de Investigación del Fenómeno Religioso y Educación para la Paz de la Universidad Católica de Pereira de Colombia. patricio.carreno@pucv.cl ORCID: 0000-0001-7943-4327

De esta manera, queremos aportar a uno de los objetivos de esta investigación, específicamente en lo que dice relación con ubicar la inteligencia espiritual en escenarios educativos interculturales a fin de posibilitar el diálogo con otras cosmovisiones antropológicas, éticas y religiosas. Es una invitación al cultivo de la inteligencia espiritual para integrarla como parte de las diferentes propuestas curriculares y educativas en cuanto que sus contenidos abren puentes que contribuyen a una mirada del ser humano que se educa como un sujeto abierto al diálogo intercultural, interreligioso e *incorpora lo trascendente y lo religioso* como dimensiones humanas integradoras.

Este último aspecto nos invita a profundizar, descubrir y proyectar nuevas líneas de investigación para ahondar pedagógicamente en la búsqueda de nuevas metodologías y didácticas educativas que posibiliten la integración de la inteligencia espiritual en el currículo, más allá de la Educación Religiosa Escolar (ERE), dialogando con las demás disciplinas y saberes.

Junto con esto, este capítulo interpela a la misma ERE en la búsqueda de nuevas expresiones, nuevas metodologías de enseñanza y desde nuevos paradigmas antropológicos a fin de que pueda responder a los actuales requerimientos de educar de manera integral, en contextos interculturales y plurales que se sitúan más allá de las fronteras de los presupuestos inherentes a la Educación Religiosa Escolar.

La sociedad actual se halla inserta dentro de un proceso de fuertes cambios sociales que demandan a la educación

nuevas tareas y le plantean desafíos para responder a las necesidades de nuestra realidad social y cultural cada vez más plural e intercultural. En este escenario es que, de manera particular, la ERE se encuentra ante la tarea de contribuir a hacer posible el diálogo entre las distintas expresiones religiosas y creencias, y que este diálogo sea fructífero y favorezca y promueva una educación no solo integral sino además integradora. La ERE debe proponer y aportar con su propia mirada a la educación y a la sociedad, a partir de la experiencia de una fe cristiana que busca no solo ser comprendida sino sobre todo *vivida*.

Para ello se requiere de nuevos lenguajes y expresiones que posibiliten el propósito de una Educación Religiosa Escolar que contemple la libertad religiosa y de culto, y a su vez en diálogo con la sociedad actual. Desde aquí surge la necesidad pedagógica de aproximarnos a los aportes que nos brinda la inteligencia espiritual en el contexto de una sociedad plural e intercultural. Los alcances que tiene la inteligencia espiritual en contexto educativo nos conducen a repensar los conceptos de *trascendencia* y de *lo religioso*, para que la ERE pueda ser dialogante y se sitúe a partir de los desafíos sociales actuales de interculturalidad y pluralismo sociomoral. Las distintas dimensiones de la inteligencia espiritual que aquí se proponen –dimensión relacional, ética y estética– son una invitación a poner en acción en el campo educativo caminos pedagógicos cultivarla en clave de interculturalidad y pluralismo.

I. LA INTELIGENCIA ESPIRITUAL EN LA EDUCACIÓN

Para que la educación religiosa contribuya activamente en el desarrollo integral de la persona, la inteligencia espiritual promueve el descubrimiento y valoración de la pluralidad de expresiones y culturas, el encuentro entre distintos grupos con creencias diversas sin que esto suponga que cada individuo o grupo renuncien a la propia identidad cultural, religiosa y espiritual. El cultivo permanente de la inteligencia espiritual nos permite reconocer y valorar nuestra individualidad y singularidad, conectando nuestra conciencia individual con una realidad superior que nos supera y es dadora de sentido. A su vez, esta misma conciencia nos invita a reconocer y valorar las diversas expresiones culturales y cosmovisiones, también otorgadoras de sentido. Bien lo expresa Torralba al referirse a la inteligencia espiritual como un *“diálogo íntimo e interpersonal que cada ser humano establece con el Ser supremo que se manifiesta en las profundidades de su conciencia individual”* (Torralba, 2010, p. 180). Si la inteligencia espiritual es un *diálogo*, entonces una tarea de la educación será por cierto contribuir en el aprendizaje a dialogar consigo mismo y a su vez aprender a dialogar con las demás cosmovisiones en medio de una sociedad plural y diversa.

El objetivo de estas reflexiones es profundizar en la efectiva y necesaria contribución pedagógica que proporciona al mundo educativo el desarrollo de la

inteligencia espiritual, particularmente a la Educación Religiosa Escolar, en cuanto que permite no solo una mayor comprensión de la misma naturaleza de la ERE, sino su mayor aportación en los contextos sociales y educativos actuales de interculturalidad y pluralismo.

El principal destinatario de este texto es todo educador y formador de personas que busca nuevas comprensiones y enfoques en los que la inteligencia espiritual aparece como una dimensión pedagógica digna de profundizar y llevar al aula en el contexto de construcción de la identidad de cada alumno y alumna, lo que va más allá de consideraciones y cosmovisiones particulares, ya que junto con estas cosmovisiones (modos de vida buena) puede contribuir a una sólida formación personal promotora de una de una sociedad más justa y más fraterna.

2. CONTRIBUCIÓN DE LA INTELIGENCIA ESPIRITUAL A LA EDUCACIÓN RELIGIOSA EN UNA SOCIEDAD PLURAL E INTERCULTURAL

A continuación, se plantean dos aspectos centrales respecto de la necesidad y pertinencia del cultivo de la inteligencia espiritual en la Educación Religiosa Escolar como un tipo de enseñanza que se pretende sea integral e integradora en cada sujeto en formación, para contribuir a formar personas con un profundo conocimiento de sí mismos y de su entorno. Y de especial manera, considerando y asumiendo el contexto de una sociedad plural e intercultural, que exige a la inteligencia espiritual incorporar aquellas

problemáticas centrales como lo son la promoción de la justicia social, de la equidad de género y la defensa de los derechos humanos, entre otros aspectos claves de las sociedades interculturales (López, 2018).

Para ello, el desarrollo de la inteligencia espiritual en un contexto educativo es muy relevante puesto que esta, lejos de ser una capacidad que encierre o aisle al ser humano, por el contrario, lo invita a ser un sujeto más integrado, inserto y comprometido con su entorno más inmediato tanto respecto del medio natural como del social y cultural, en clave de interculturalidad.

En un primer momento planteamos una mirada antropológica de la inteligencia espiritual, por cuanto entendemos que esta, en primer lugar, nos remite a reconocerla en lo que es *propiamente humano* y no como un dato revelado o una cuestión que concierne estrictamente al ámbito de la fe o la confesionalidad. La inteligencia espiritual nos introduce en lo más profundo e íntimo del ser humano como lo es el conocimiento de sí mismo, la reflexión personal, la búsqueda de la interioridad y la construcción de la propia identidad (Zohar y Marshall, 2001, p. 27). Como bien lo expresan estos autores, la inteligencia espiritual es un camino, una búsqueda permanente de cada ser humano que le permite afrontar y resolver problemas de significados y valores y finalmente posibilita tomar decisiones más acertadas con la claridad de que un curso de acción sea más valioso que otro (p. 27). Por tanto, si comprendemos la inteligencia espiritual como un

camino, una búsqueda, entonces podemos entenderla en clave pedagógica, es decir, como una manera particular de que el estudiante inicia un recorrido educativo de descubrimiento de sí mismo y del entorno.

Desde una premisa antropológica destacamos algunas dimensiones que expresan y dan cuenta del alcance del desarrollo de la inteligencia espiritual. Entre estas consideramos la *dimensión relacional y afectiva* del ser humano; la *dimensión existencial o de posicionamiento ante el mundo* y su saber estar en el mundo; la *dimensión estética* en que se inscribe la relación del ser humano con su entorno; y la *dimensión ética* como posibilidad y necesidad de encuentro y diálogo entre los distintos modos de valoración y comprensión de los mismos valores morales en contexto de una sociedad intercultural y plural (Martínez y Hoyos, 2006).

A nuestro entender, cada una de estas dimensiones en su expresión y desarrollo va dando cuenta de un proceso de maduración y sentido de plenitud, y nos permite un auténtico cultivo de la inteligencia espiritual que puede brindar insospechados aportes al proceso educativo en sociedades plurales y globales como son aquellas en las que vivimos en la actualidad.

En una segunda parte, y como consecuencia de lo anterior, planteamos aquí algunos alcances pedagógicos para situar la inteligencia espiritual en un contexto educativo, por cuanto sostenemos que al igual que las demás inteligencias propuestas por H. Gardner (2001), la

inteligencia espiritual también es objeto de aprendizaje y, por tanto, puede ser parte de un proceso formal educativo.

Ambos apartados –la mirada antropológica y su materialización en lo pedagógico– arrancan de un concepto clave como es el de *lo religioso*, pues el cultivo de la inteligencia espiritual invita a dar a conocer adecuadamente el fenómeno religioso como un fenómeno propio de la condición humana y de su inteligencia, inscrito dentro de los procesos de construcción social y cultural de todos los pueblos y culturas. Por tal razón, planteamos aquí la razonabilidad de la inteligencia espiritual, que es susceptible de ser inserta en un proceso educativo porque es *educable*.

Desde este enfoque, el fundamento para educar en inteligencia espiritual no descansa solo en presupuestos teológicos, sino ante todo antropológicos, puesto que todo ser humano puede reconocerse como un sujeto religioso; el cultivo de la inteligencia espiritual hace del ser humano un *homo religiosus* (Torralba, 2010, p. 51). En consecuencia, este tipo de inteligencia tiene una implicancia pedagógica, puesto que puede ser abordado en las aulas en tanto *dirección, significado, sensibilidad y reflexión*. (Grondin, 2012, pp. 74-75). Estos cuatro aspectos se pueden abordar de manera transversal en todas las disciplinas, ya que son generadoras de realizaciones pedagógicas en clave de interdisciplinariedad y transversalidad en el currículum; van más allá de lo que puede aportar una asignatura en particular.

Al respecto, la Educación Religiosa Escolar puede adquirir un liderazgo pedagógico de gran relevancia en los centros educativos, que le permita, por un lado, aportar desde su naturaleza e identidad como asignatura y, al mismo tiempo, como una disciplina abierta, convocante y desafiante que asume los nuevos retos educativos actuales en clave de interdisciplinariedad e interculturalidad, sin que la opción religiosa o filosófica en particular se vea menoscabada (Naranjo y Moncada, 2019).

3. LA INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y SU APORTE A LA COMPRESIÓN DE *LO TRASCENDENTE*

Si entendemos que lo religioso es y ha sido parte en la manera en que el ser humano y las culturas han intentado comprenderse y comprender el mundo, en consecuencia, es un elemento cultural digno de ser reconocido como objeto de aprendizaje dentro de una oferta educativa de calidad y que responda a las inquietudes existenciales y religiosas actuales.

Para una adecuada interpretación desde la inteligencia espiritual, es necesario el concepto de *lo religioso* respecto de lo que podamos entender por *lo trascendente* y respecto de la pregunta por *la trascendencia*. Esta pregunta ha sido abordada por la ciencia, el arte, la filosofía y la religión. Por lo tanto, es una pregunta que no se puede ni debe desestimar, especialmente en el contexto educacional, en el que se pretende dar a conocer los distintos y variados

modos de comprender el mundo, los sujetos y las culturas (Kasper, 1987).

En consecuencia, el cultivo de la inteligencia espiritual se sitúa y dialoga con la realidad desde una antropología y desde los fenómenos sociales y culturales, es decir, desde una determinada manera de comprender al ser humano y la sociedad. La persona es concebida como un sujeto que construye humanidad y se construye dentro de una cultura determinada, no desde sí mismo sino inscrito en una relación de interdependencia con los demás.

De esta manera, entendemos al sujeto como construcción social y cultural que avanza en la búsqueda de autorrealización y del bien común; de ahí que el desarrollo de la inteligencia espiritual cobra gran relevancia, en cuanto entendemos que la espiritualidad es la función más elevada del ser humano, ya que somos seres finitos abiertos a lo infinito. Aprender a comprender, acoger y disponerse desde y hacia esta apertura es el aporte esencial que proporciona la inteligencia espiritual (Comte-Sponville, 2006).

Precisamente, una de las tareas que nos aporta la inteligencia espiritual es hacernos cargo de la pregunta por *lo trascendente*, por todo aquello que al ser humano *le acontece* en el sentido más radical de su existencia, reconociendo los límites del afán de una comprensión total de la realidad humana y al mismo tiempo las infinitas posibilidades de avanzar en nuevas respuestas o en volver a formular nuevas preguntas acerca de la realidad humana.

De esta forma, la inteligencia espiritual contribuye activamente en situar en el ámbito educativo una dimensión que es objeto de aprendizaje como lo es la facultad humana de *admiración*, es decir, la inteligencia espiritual en acción contribuye a aprender la realidad no solo como objeto de estudio y de análisis, sino que previo a ello, a *desarrollar la capacidad de admirarla*, de acercarse de manera contemplativa y reflexiva a ella y a todo lo que nos acontece.

Desde Aristóteles se ha planteado que el origen de la ciencia arranca con la formulación antropológica de la pregunta por la realidad: *¿qué es esto?* No obstante, el ser humano puede formular esta pregunta solo si previamente pone en acción una facultad humana de la que, si careciese de ella, le resultaría imposible interrogarse y es la facultad de la *admiración*. Dicho de otro modo, preguntamos porque previamente nos admiramos, nos volcamos a esa realidad que nos cuestiona e interpela y luego nos preguntamos por dicha realidad y por su razón de ser. La pregunta *¿qué es esto?* arranca desde una inteligencia cognitiva, pero la pregunta que arranca desde una inteligencia espiritual es *¿cuál es la razón de ser de esto?*, es decir, es la pregunta radical por el sentido.

Una comprensión más fenomenológica de la realidad sugiere que esta se construye a partir de ambas preguntas: *qué es esto y para qué es esto*; por tanto, la pregunta educativa por *lo trascendente y lo religioso* se transforman en posibilidad de educar en el cultivo de la inteligencia

espiritual (Vásquez, 2010). Lo religioso, junto con otras dimensiones humanas como la afectiva y valórica, constituyen y construyen realidad no desde los principios de certeza y evidencia empírica, sino desde la intuición razonable que nos proporciona la inteligencia espiritual acerca de que lo trascendente, en su carácter siempre relacional, interpela y abre a captar un *sentido de presencia* que guía al ser humano y, a su vez, que lo compromete con su propia realidad.

La inteligencia espiritual nos abre a la pregunta por la razón de ser de las cosas y de la realidad en general, posibilitando la comprensión y acceso a *lo trascendente*, como una facultad inherente a todo ser humano que, al detenerse y posicionarse reflexivamente frente y en relación con el mundo, la historia y los acontecimientos, permite sobrepasar su comprensión más inmediata y exige el reconocimiento de que la realidad no se identifica únicamente con aquello que es empíricamente verificable, reduciendo el conocimiento humano a objeto de estudio de causalidades. La inteligencia espiritual busca responder respecto de *la razón de ser* de dicha realidad.

Lo que entendemos por *lo trascendente*, desde el cultivo de la inteligencia espiritual, remite a una comprensión integral del ser humano, en tanto que se relaciona con los demás y con el mundo desde sus afectos, creencias y valores y con todas sus limitaciones, pero también con todas sus posibilidades de trascender, de salir de sí mismo, de ir en búsqueda de una realidad que lo altera,

le acontece y lo sobrepasa en el esfuerzo de comprensión total de lo existente, exigiendo no tan solo un análisis de la realidad, sino ante todo una disposición reflexiva y contemplativa para aprehenderla.

Esta disposición requiere ser desarrollada y, por tanto, puede ser incorporada dentro de un proceso educativo formal. Este es justamente uno de los grandes aportes de la inteligencia espiritual en el contexto educativo porque nos permite abrirnos a aprender a captar y reconocer lo trascendente como una realidad que se manifiesta a través de distintas dimensiones humanas, revelándose en la propia libertad de cada persona.

Pero el ejercicio de la libertad solo se expresa y se vive a partir de las propias experiencias; por tanto, cuando hablamos de *lo trascendente* bien podemos precisarlo como una *experiencia de trascendencia* entendida como una *percepción sensible de lo infinito en una circunstancia determinada* (Roy, 2006). Esta *percepción* es un conocimiento intuitivo que capta la atención de un sujeto o un colectivo. Es un conocimiento que arranca desde lo afectivo, pero seguido de un acto cognitivo en el que entran en juego tanto la inteligencia cognitiva como la inteligencia espiritual.

El conocimiento intuitivo desde lo afectivo se experimenta, se siente. Es un sentimiento que exige el acto cognitivo, pero no como un mero acercamiento intelectual, sino con una disposición de apertura hacia lo infinito que nos conmueve, interpela y compromete éticamente con los otros y con la sociedad, con la cultura.

En la base de este *sentimiento* se encuentra el núcleo de la experiencia religiosa, siendo un afecto que se percibe y se recibe, de tal modo que este *sentimiento* se transforma en un vehículo de acceso a lo nuevo, a lo que pueda ser re-velado, ad-mirado, e incluso estimado. El sentimiento se transforma en una capacidad de sugerir la presencia de una realidad ilimitada (Roy, 2006). Por tanto, cobra un estatuto de *sentido de presencia* que se experimenta en la propia experiencia humana como experiencia vivida siempre *en relación con los otros y con lo Otro*.

El cultivo de la inteligencia espiritual justamente nos brinda la posibilidad de estimar (dimensión afectiva), ser co-creadores y apreciar aquello que creamos y nuestro entorno (dimensión estética); y posicionarnos ante el mundo desde nuestra singularidad e identidad (dimensión existencial de posicionamiento ante la realidad). Estas dimensiones nos ayudan no solo a saber vivir, sino además a saber comprometernos con el entorno, con su historia, y sobre todo con los demás, accediendo a su rostro y humanidad mediante el despertar de nuestra disposición, apertura, encuentro y acogida del otro y lo Otro (dimensión ética).

El rostro de lo humano es lo que finalmente otorga significado al cultivo de la inteligencia espiritual y a la posibilidad de educarla. ¡Desde una lectura de Lévinas, cuando le digo al otro! *¡Heme aquí!*, entonces aparece para el sujeto *lo trascendente* como sin darse cuenta, en donde lo infinito entonces va más allá de nuestra subjetividad y del

rostro mismo de cada ser humano (Lévinas, 1993). Cuando le decimos al otro *¡Aquí estoy!*, entonces lo trascendente se constituye como realidad, como *presencia* que se re-vela (*apocaliptein*), que da a conocer aquello que estaba velado, oculto (Bentué, 1998).

En este sentido, el desarrollo de la inteligencia espiritual posibilita la experiencia humana de trascender, que se manifiesta en distintas dimensiones que dan cuenta de su carácter relacional, interpelador y de compromiso con lo propiamente humano. Y esto porque la inteligencia espiritual, en su definición más sencilla pero más certera, no es otra cosa que la capacidad humana de encontrar un sentido profundo a la existencia del ser humano, de su *estar* en el mundo y de la razón de ser de sí mismo y de su entorno.

Es una capacidad con un fuerte dinamismo que mueve al ser humano a salir de sí mismo finalmente para ir al encuentro de sí mismo (Rodríguez, 2013). Aunque parezca contradictorio, sin embargo, no lo es, por cuanto este dinamismo es un aprendizaje permanente de descubrirse a sí mismo y de leer narrativamente la propia existencia y nuestra historia.

Así se comprende que una acción educativa que promueva el desarrollo de la inteligencia espiritual pondrá el acento no en los contenidos o temas, sino ante todo en el *significado* de dichos contenidos, se orientará a estimular un conjunto de habilidades y actitudes tales como la creatividad, el pensamiento crítico y autocrítico,

el desarrollo del autoconcepto y el esbozo de un proyecto de vida. Para el desarrollo de estas habilidades, actitudes y disposiciones debe ser abordada de manera transversal, en todas las disciplinas y saberes y en todos los niveles de enseñanza.

En definitiva, pasar del contenido al significado es uno de los aportes de la inteligencia espiritual en el contexto educativo, y contribuye enormemente a la formación integral de la persona.

4. DIMENSIONES DE LA INTELIGENCIA ESPIRITUAL QUE CONTRIBUYEN A UNA EDUCACIÓN INTEGRAL

A continuación, nos detendremos en algunas de las dimensiones que hemos expresado anteriormente y que dan cuenta del cultivo de la inteligencia espiritual dentro del proceso educativo, al que creemos contribuye a fortalecer mediante la promoción de una educación más integral e integradora.

4.1. DIMENSIÓN AFECTIVA Y RELACIONAL

La inteligencia espiritual, en su dimensión afectiva relacional, permite una relación con la alteridad, con todo lo que al ser humano le acontece y le implica desde una construcción permanente de las relaciones humanas, que lo instan a salir al encuentro del otro, de los otros y de lo Otro. Esta alteridad es siempre en *relación* desde el ejercicio de la libertad y la razón que ofrece un vínculo

existencial entre el sujeto con los demás y con todo aquello que lo trasciende en la alteridad.

Desde esta mirada, se puede comprender con mayor profundidad el fenómeno religioso y, en consecuencia, la búsqueda de nuevas formas de Educación Religiosa Escolar, porque su naturaleza consiste justamente en *re-ligar* (lo re-ligioso), *re-unir* al ser humano con todo lo que está fuera de él y fuera de los límites de sus propios conocimientos y modos de comprender la totalidad de la realidad.

Por esta razón sostenemos que una ERE que incorpora la inteligencia espiritual entre sus contenidos y propuestas didácticas contribuye activamente a crear las condiciones de posibilidad para formular las preguntas propias que arrancan tanto del cultivo de la espiritualidad como del estudio y comprensión del fenómeno religioso, que busca además comprender al *homo religiosus* dentro de las propias coordenadas sociales y culturales, en las que se desenvuelve el entramado de las relaciones interpersonales, afectivas y emocionales de la persona.

La construcción de las relaciones interpersonales posee un fuerte componente afectivo y ha sido siempre una fuente que ha ofrecido respuestas para comprender y asumir la vida con un significado y no desde un sin-sentido. El sujeto vive y necesita vivir con los otros, con sus demandas y su vulnerabilidad, lo que nos exige un vínculo con sus posibilidades, pero también con sus limitaciones.

Dicho de otro modo, “la relación con el otro es también una relación-misterio” que incluye la estima, los afectos y los sentimientos; pero que también los eleva a una dimensión misteriosa que sobrepasa los límites de la afectividad y los sitúa en una experiencia de relacionalidad con lo Otro a través de los otros.

De este modo, educar la inteligencia espiritual ofrece un momento privilegiado dentro del currículum educativo para el cultivo de las relaciones interpersonales, pero no cualquier tipo de relaciones, sino aquellas que favorezcan el ejercicio de trascender de sí mismo, de las propias preocupaciones, para salir al encuentro genuino del otro, reconociéndonos en nuestra vulnerabilidad y co-dependencia entre los seres humanos.

Educar en la co-dependencia y co-responsabilidad es una de las mayores contribuciones que puede ofrecer la inteligencia espiritual, porque esta se expresa junto con las demás inteligencias y se despliega de manera complementaria con las otras disciplinas y saberes que ofrece el currículum educativo promoviendo no solo el fortalecimiento de las relaciones interpersonales; además otorga su sentido más genuino al encuentro con el otro, con su humanidad y su singularidad, elevando el acto educativo como un acontecimiento ético (Bárcena y Mèlich, 2000).

4.2. DIMENSIÓN ESTÉTICA

En el contexto de la inteligencia espiritual, esta dimensión va mucho más allá que la mera estimación del objeto percibido, puesto que busca ahondar en su intimidad y profundizar en su misterio. Por tanto, no es una mirada superficial de la realidad porque apela a la capacidad reflexiva de sí mismo y del entorno y nos conduce al reconocimiento de un sentido de presencia en donde se descubre *lo propiamente humano*. Desde este reconocimiento se *revelan* nuevos significados de la propia realidad y del entorno.

La dimensión estética es un *modo nuevo de conocer; es re-conocer, re-significar la realidad* a través de los propios conocimientos y experiencias de vida, pero desplegando la capacidad de estimación, de aprecio, de valoración y de captación de la realidad como una presencia que no se cosifica, pero es presencia. Esta dimensión es la que nos ha permitido experimentar un fuerte sentido de vínculo con la naturaleza y con el cosmos a través de un profundo sentimiento de unidad con lo existente, de formar parte de un todo que nos rodea y nos sobrepasa y que se vuelve un refugio totalmente inefable.

Asimismo, el valor más profundo del encuentro con *lo estético*, sea a través del arte, la poesía, la literatura, la música y toda expresión plástica del ser humano, descansa no tan solo en la estima afectiva hacia el objeto estético y su muestra de lo bello y armonioso, sino en todo lo que desencadena dicho encuentro, que es el sentimiento de

estar abierto a algo absolutamente trascendente, abierto a lo inefable. Es una experiencia en que no cabe intentar comprender intelectivamente la realidad ni definirla o describirla racionalmente, porque cuando intentamos una conceptualización terminamos por clausurarla y cosificarla, anulando su dimensión estética y, en consecuencia, la posibilidad de aprender a reconocernos en aquello que podemos crear. Lo estético es momento de encuentro y reencuentro entre el sujeto creador y su obra y se descubren como una sola realidad en que la *“obra artística vive y actúa, participa en la creación de la atmósfera espiritual”* (Kandinsky, 1996, p. 56).

Desde un enfoque educativo, formar la dimensión estética desde el cultivo de la inteligencia espiritual no es otra cosa que invitar a potenciar una facultad propiamente humana y, por tanto, original, que es el acto de crear, de admirar y re-significar todo lo humano y todo lo que a la persona le acontece. En este sentido, *lo trascendente* se experimenta, se vive y se verbaliza de manera inteligente potenciando la dimensión estética, cuyo valor y significado nos demanda que sea estudiado. Hay que afirmar que la dimensión estética, como expresión de una inteligencia espiritual, es digna de ser considerada un objeto de aprendizaje, porque también es constitutiva de lo propiamente humano y todo lo propiamente humano es constitutivo del desarrollo de la inteligencia espiritual.

El mundo no solo se conoce en términos informativos, sino que también se siente, se percibe y se aprecia; esta

capacidad estética desarrolla así un conocimiento intuitivo que favorece una educación que promueva *una sensibilidad no solo ética (lo bueno), sino también estética (lo bello)*. Se trata de un saber orientado a la hondura de las cosas, que nos interpela no solo para estimar sensorialmente la realidad, sino también para conocerla intuitivamente y admirarla, desplegando toda la capacidad humana creadora en sintonía estética con el entorno¹.

4.3. DIMENSIÓN ÉTICA

El marco educativo ha situado comúnmente la acción de enseñar como un acto de transmisión de determinados conocimientos por parte del docente a los estudiantes, quienes reciben pasivamente estos contenidos para posteriormente reproducirlos. La educación religiosa, en su aportación de educar en valores y en *lo trascendente*, entiende la enseñanza, o al menos así debiera hacerlo, no como la mera transmisión de un conjunto de conocimientos y de valores éticos, sino como un estímulo y una creación de condiciones para suscitar aprendizajes significativos y contextuales que permitan a los educandos forjar su identidad personal y moral, propiciando espacios

I Es a lo que Martín Heidegger se refiere cuando establece una crítica a la sociedad actual denunciando que hoy impera el pensamiento calculador, robotizado y pragmático en desmedro del pensamiento “meditativo”, es decir, aquel sujeto capaz de pensar contemplativamente la realidad y no desde una lógica instrumental y utilitarista. Cf. *Serenidad*, Discurso inaugural de M. Heidegger.

de diálogo, participación y convivencia; en suma, que conduzcan a un auténtico *aprendizaje ético* (Carreño y Martínez, 2020). Por eso es que hablamos de *educar* y no de “transmitir conocimiento” cuando nos referimos a la dimensión ética del cultivo de la inteligencia espiritual.

Esta dimensión nos exige, en primer lugar, reconocer a cada educando como sujeto único y autónomo al que se le invita a que descubra la belleza y relevancia de los valores morales, pues poniendo en circulación una matriz de valores morales compartidos podrá comprender que estos, desde un lenguaje zubiriano, están ahí ante todo para acondicionar el mundo, hacerlo más amable y habitable.

Educar en inteligencia espiritual desde su dimensión ética no es fácil, sobre todo si consideramos que el educador, al no advertir su rol de facilitador de los aprendizajes y constructor del desarrollo de la autonomía responsable de los alumnos, puede transmitir su particular y propio modo de ver y de juzgar el entorno, anteponiendo su propia mirada de la realidad, lo que condicionará y restringirá los niveles de autonomía y libertad del educando. Por tanto, habrá que tener en gran consideración las palabras de G. Schujman (2002) cuando nos dice que somos responsables de nuestra mirada antes de ser responsables de nuestras acciones.

La tarea del docente que busca contribuir al cultivo de la inteligencia espiritual de los estudiantes tiene como primer desafío educar en una formación integral, incorporando una educación en los valores morales

de la justicia, la igualdad y la dignidad. Y, en segundo lugar, deberá estar atento a qué modelo de educación en valores y ciudadanía intenta enseñar en una sociedad abierta y pluralista en la que coexisten distintas maneras de entender la educación y la misma sociedad, a fin de promover una educación en los valores democráticos que garanticen una sana y constructiva convivencia en una sociedad intercultural.

Ante la complejidad de un nuevo ordenamiento social y cultural en donde co-habitan distintas culturas y grupos sociales, nos parece que los aportes que puede brindar el desarrollo de la inteligencia espiritual son significativos; especialmente respecto a cómo aprender a dialogar para la búsqueda de los acuerdos comunes a las diversas opciones ideológicas, religiosas y filosóficas y, al mismo tiempo, a educar en el respeto de aquellas personas o grupos que comprenden y valoran la realidad de manera distinta a la propia.

La inteligencia espiritual, lejos de ser comprendida en términos reduccionistas como una enseñanza para un particular grupo de personas que comparten una cosmovisión filosófica o religiosa determinada –como puede ser un determinado credo religioso–, puede contribuir a la construcción de una sociedad más justa, más humana, fortaleciendo el aprendizaje de los valores morales mínimos compartidos y, a su vez, la integración y acogida de las distintas cosmovisiones y modos de vida buena (Cortina, 2000).

En este sentido, la promoción y educación de los valores que sustentan los derechos humanos se convierte en una piedra angular de la dimensión ética que se despliega de manera transversal en todos los niveles educativos, siendo expresión y compromiso de una inteligencia espiritual que se entiende como capacidad que nos exige éticamente la búsqueda del bien común y nos invita a promover la búsqueda de sentido, de felicidad y la plenitud humana.

5. EDUCAR EN INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y SU IMPLICANCIA EN LA ACCIÓN PEDAGÓGICA

Hemos dicho anteriormente que la disposición a *lo trascendente* es apertura al reconocimiento de que la *nada* o el *sinsentido* no pueden ser la última palabra a la pregunta por el sentido último de la realidad, porque estimamos del todo razonable una apertura existencial a los otros, como diría Wittgenstein, y, más tarde, Lévinas, a lo Otro. Esta apertura en un escenario formativo supone educar la inteligencia espiritual –que incluye por cierto las demás inteligencias, como lo son la intrapersonal e interpersonal–, en una reflexión permanente acerca de todo aquello que nos acontece y enfrenta con la alteridad, por medio de una educación que nos invite a formularnos preguntas que dan sentido a todo aquello que decidimos y realizamos.

Educar desde esta visión nos demanda que seamos capaces de instalar pedagógicamente las preguntas fundamentales que dan sentido a la vida personal, y en

consecuencia a la vida profesional de los futuros educandos. Formular estas preguntas es crucial justamente porque una de las características propias de nuestra cultura moderna, positivista, es la pérdida de los referentes trascendentes, o como bien lo expresa Taylor (1994), una pérdida de los horizontes referenciales.

La pérdida de la dimensión trascendente como pregunta razonable da cuenta de una pérdida de la capacidad del sujeto de salir de sí mismo, es decir, revela el límite de quien se halla bien volcado o alienado en la búsqueda de significados engañosos y efímeros en el acceso al poder, la riqueza y la vida confortable hedonista (Bentué, 1998). Así, busca poseer, pero no poseer-se, tener, pero no tener-se, ganar, pero no ganar-se a sí mismo. En esto radica la pérdida de sentido y la negación de la apertura hacia la trascendencia.

Trascender supone el reconocimiento de que el ser humano no es el centro del universo, ni es un ser omnipresente y omnipotente. Educar desde la inteligencia espiritual nos invita a aprender a descentrarnos de nosotros mismos, de mirar más allá de nuestros propios egoísmos, de reconocer la existencia del otro y del Otro, como diría Lévinas; ese otro que me acontece y requiere de mí con total disposición y donación.

Al recoger estos planteamientos nos parece necesario pensar la educación de un modo distinto, buscando que la experiencia educativa se vuelva un acontecimiento de vínculo auténtico; un acontecimiento ético en que el

primer y último lugar de todo acto formativo se constituya en y desde las relaciones de interdependencia de los unos con los otros. No puede haber educación sin *relación*, sin proyección de futuro, y tampoco puede haber un modelo educativo que sea válido para todos los tiempos y todas las sociedades, ni siquiera para una misma persona durante toda su vida.

Por eso, toda acción educativa necesita vincularse a un determinado proyecto humano de sociedad, un proyecto social que señala un horizonte referencial con sentido de futuro y con la capacidad de cuestionarse a sí mismo y del porqué y el para qué de la educación, de la vida y de la sociedad.

En síntesis, planteamos que el cultivo de la inteligencia espiritual en su acción pedagógica puede y debe crear las condiciones favorables para suscitar la pregunta por el sentido y contribuir a desarrollar la capacidad inteligente de formular las preguntas últimas (existenciales), porque estimamos que una educación que reconoce y promueve razonablemente la interrogación por el sentido, más que aportar nuevas destrezas o información al individuo, le posibilita aprender a trascender la inmediatez de su propia existencia y de su *estar en el mundo*. Entonces podemos hablar de una *pedagogía del sentido* (Torralba, 1997).

Muchas de las distintas propuestas educativas trazadas en el currículum buscan promover una educación integral y de enfoque holístico en el proceso de maduración de los educandos, haciendo grandes esfuerzos por

desarrollar principalmente sus capacidades psicológicas de autocomprensión humana, por un lado, y para que reconozcan los componentes sociológicos que les permiten integrarse adecuadamente a la sociedad, por otro.

Sin embargo, creemos que el sujeto en proceso de formación no puede quedar reducido a estos dos niveles de comprensión (capacidades psicológicas y sociológicas), pues el ser humano también se define por la capacidad de cuestionarse por las causas y la razón de ser última de su propia existencia y del entorno, así como por el intento permanente de dar un sentido a su vida.

De ahí la importancia de la inteligencia espiritual—si se cultiva adecuadamente—, que nos enseña a aproximarnos a *lo trascendente*, porque cada hombre y mujer intenta, de una manera u otra, dotar de sentido y significado a la propia vida, que se halla inserta en una comunidad local, global e intercultural que condiciona la respuesta y los distintos modos de acceder a dicha respuesta. Por tanto, la tarea de educar en el desarrollo de la inteligencia espiritual no tiene término.

Confiamos en que lo que hemos planteado acerca de la relevancia que tiene el cultivo de la inteligencia espiritual en el contexto educativo contribuya a abrir nuevos espacios de diálogo y de trabajo en conjunto con otros actores educativos que participan de la búsqueda de una educación de calidad, promotora de la formación integral e integradora para todos. De manera particular, la Educación Religiosa Escolar está llamada a cumplir un

papel importante en esta tarea, puesto que dispone del espacio pedagógico privilegiado para educar la inteligencia espiritual en clave de una educación abierta y dialogante sobre los significados que las distintas visiones sociales, culturales y religiosas plantean a la sociedad intercultural. La inteligencia espiritual comparte todos los valores morales universales y las diversas propuestas de sentido y modos de vida buena.

En los contextos interculturales de la sociedad actual, la inteligencia espiritual nos abre al diálogo, situando en el centro y propósito del acto educativo la búsqueda del desarrollo integral del ser humano. Este diálogo será fructífero en la medida en que todos los actores que forman parte del proceso educativo reconozcan y descubran el alcance pedagógico que tiene hoy educar en el cultivo de la inteligencia espiritual y su enorme contribución para avanzar desde una sociedad fragmentada y atomizada hacia una sociedad más cohesionada, integrada y constructora de la paz.

REFERENCIAS

- Bárcena, F. y Mèlich, J. C. (2000). *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Paidós.
- Bentué, A. (1998). *La opción creyente. Introducción a la teología fundamental*. San Pablo.
- Carreño, P. y Martínez, M. (2020, julio). El compromiso ético del profesorado universitario en la formación de docentes. *Revista de Currículum y Formación del Profesorado*. Universidad

- de Navarra*, 24(2), 8-26. <https://doi.org/10.30827/profesorado.v24i2.15150>
- Comte-Sponville, A. (2006). *El alma del ateísmo: introducción a una espiritualidad sin Dios*. Paidós.
- Cortina, A. (2000). *La ética de la sociedad civil*. Anaya.
- Gardner, H. (2001). *La inteligencia reformulada. Las inteligencias múltiples en el siglo XXI*. Paidós.
- Grondin, J. (2012). Hablar del sentido de la vida. *Revista Utopía y Praxis Latinoamericana*, 17(56), 71-78. <https://produccioncientificaluz.org/index.php/utopia/article/view/2875>
- Heidegger, M. (1994). *Serenidad* (Trad. de Y. Zimmermann). Ediciones del Serbal.
- Kandinsky, W. (1996). *De lo espiritual en el arte*. Premia.
- Kasper, W. (1987). *La fe que excede todo conocimiento*. Sal Terrae.
- Lévinas, E. (1993). *El tiempo y el otro*. Paidós.
- López, J. (2018). Encuentro en intercambio intercultural a través del mundo audiovisual. *Revista Cuadernos de Pedagogía*, (493). 56-63.
- Martínez, M. y Hoyos, G. (2006). *La formación en valores en sociedades democráticas*. Octaedro.
- Naranjo, S. y Moncada, C. (2019). Aportes de la Educación Religiosa Escolar al cultivo de la espiritualidad humana. *Educación y Educadores*, 22(1), 103-119. <https://doi.org/10.5294/edu.2019.22.1.6>
- Rodríguez, T. (2013). Inteligencia espiritual. *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación*, 14(1), 11-21. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41059088006>
- Roy, L. (2006). *Experiencias de trascendencia. Fenomenología y crítica*. Herder.
- Schujman, G. (2002). *Formación ética básica para docentes de secundaria: propuestas didácticas*. Desclée de Brouwer.

- Taylor, C. (1994). *La ética de la autenticidad*. Paidós-I.C.E./U.A.B.
- Torralba, F. (1997). *Pedagogía del sentido*. PPC Editorial.
- Torralba, F. (2010). *Inteligencia espiritual*. Plataforma Editorial.
- Vásquez, J. L. (2010). *La inteligencia espiritual o el sentido de lo sagrado*. Desclée de Brouwer.
- Zohar, D. y Marshall, I. (2001). *Inteligencia espiritual: la inteligencia que permite ser creativo, tener valor y fe*. Plaza &